



Código documento: 032cas
Nombre documento: Relatos y cuentos: Victoria, la entrega
Idioma: Castellano
Fecha creación: 14 de enero de 2009
Autor: Gregorio de Zaragoza

Victoria, la entrega

Luz en el Camino

Para Victoria.

La luz se ha hecho forma,
 contexto.
 El pensamiento se volvió carácter,
 firmeza.
 La fe ha sido tu camino,
 tu encuentro.
 La vida emana, te fluye
 de dentro.
 Peregrina que permanece
 en su sitio.
 Peregrina de quietud que
 avanza sin pasos.
 Victoria que venciste al miedo y
 al mundo.

*Con el cariño de un peregrino
 condenado a volver.*

Victoria, la entrega

Desde un punto de vista racionalista, me veo obligado a contaros esta historia con las reservas que la mente opone a aquellas cosas que no podemos comprobar, medir, calcular.

Es necesario que me presente, reflejando en estas hojas algún rasgo de mi carácter, para que así se comprenda un poco mejor el impacto que causó en mi el suceso y el Camino. Soy un curioso de casi 50 años que ama muy profundamente el Camino de Santiago. Inicialmente busco la paz interior y ese grado de humildad que proporciona la vida esforzada, sin apenas cosas materiales, necesitado de pedir casi todo lo necesario. No os equivoquéis, no confundo sacrificio personal con masoquismo, ni voy buscando la humillación que pueda iluminarme, que pueda darme "la respuesta". Simplemente camino, reviso mi vida, mis amigos, mi trabajo, mi familia ... vamos, el lugar que ocupó en este mundo, y procuro relacionarme, mejorar y corregir metas y marcarme otras nuevas, afirmar los valores del humanismo que me empujan. Coger fuerzas.

Cada vez que he iniciado el Camino me ha surgido la necesidad de establecer una frase que resumiera aquello que más me ha impactado. A veces esa frase nacía antes de comenzar a andar, como una justificación para iniciar el largo caminar, "Hijo, este es el Camino", "Tras la huella interior, que es la que permanece". Otras veces la frase la había oído a algún otro peregrino "No, no es el camino, es el avanzar" que nos decía Marc de casi setenta años, o aquella otra "Si, ya he estado allí ¡y abracé al Santo!" con la que Edmond afirmaba su

carácter de peregrino, a pesar de haberse pasado el camino renegando por la comida y buscando la compañía femenina a toda costa.

Este año, inicié el camino con poco ímpetu y como emblema, una engorrosa frase que solo afirma mi deseo de volver incluso antes de partir "El peregrino dejó su casa, familia, trabajo, comodidades, seguridad... y tantas otras cosas y solo para al final volver a ellas. Pero es así, porque solo es peregrino el que una vez en Santiago tiene adonde volver, el que pudo elegir quedarse y aún así, partió."

Y con mi necesidad de volver a casa, es donde enlazamos con la historia de Victoria. Una persona hecha de luz y de amor, que venció a la rutina y al miedo que produce en el hombre occidental vivir sin apenas cosas materiales y se quedó en el Camino de Santiago.

Victoria, con nombre premonitorio, que sin proponérselo, ha hecho que cambie mi lema de este año y afirme contundentemente que, tras el Camino, no es necesario volver a tu vida anterior.

No hace falta, pero quiero describirlos a Victoria para atajar cualquier pensamiento o insinuación que trastoque mis emociones verdaderas con pasiones o emociones menos espirituales. Solo la vi unas horas, y según mis primeras apreciaciones es Victoria una mujer de... seguro que joven, no muy alta, amplios pecho y sonrisa y una luz en los ojos que desconcierta a los que vivimos en la penumbra, o mas aún en la oscuridad del desconocimiento.

Supe de Victoria por medio de la publicidad gremial que me hizo de ella Pablo, de Nájera, y que solo demostraba el desconocimiento tan profundo que de su personalidad tenía Pablo, "una chica muy maja y limpia" en vez de decir simplemente "un ángel".

Tengo que confesar que si inicialmente tuve interés en congeniar con Victoria fue, en principio, por una necesidad egoísta que, creo tenemos los peregrinos que andamos solos, se trata de poder conversar con alguien y si es posible, recibir ayuda en tus necesidades mas básicas como un poco de agua, una cama, una manta, una información sobre avituallamiento o sobre el camino, auxilio para tus mortificados pies, etc., en este caso no fue distinto. Pronto cambié de actitud y tras un formal "como es que estas en este lugar", seguí con atención la sencilla historia de esta mujer que hizo que cambiara mi forma de pensar y hoy afirme que no siempre es necesario volver a tu vida anterior, que a veces es igual de sano pararse, salirse del círculo que nos hace orbitar en espacios concretos, conocidos, expresos y fáciles.

Su historia comenzó con una invitación a visitar una pequeña exposición de sus cuadros, que presentaba en una sala del ayuntamiento, y tras visitarla, junto a su explicación personal del porqué de esa pintura profunda, compulsiva, sencilla, casi infantil, prosiguió con el nudo de este relato.

No importa el año pero sí que es el mes de agosto, en torno a San Lorenzo, cuando la Vía Láctea está preñada de estrellas fugaces y un chorro de luz estalla como una "mascletá" luminosa. Es ahí, temporal y espiritualmente donde nos encontramos con Victoria y otra mujer y dos hombres, sus tres amigos. Van Camino de Santiago.

Solo nos falta precisar la hora, el punto del camino y las circunstancias en las que la "luz" hizo que cambiara por siempre su vida y para siempre mi visión de la vida. Tras doce o trece etapas de mas o menos treinta kilómetros nos encontramos al final de la provincia de Burgos, justo en el límite con la de Palencia, en la segunda comenzará el relato que sigue, aún hoy, en la primera.

Son las nueve de la noche del día diez, once o doce, el grupo se aproxima al previsto final de la etapa en Itero de la Vega, pero como ya han podido comprobar la saturación de peregrinos en el camino y la falta de espacio en los hospitales, no harían ascos a cualquier lugar donde descansar sin importar mucho si mas cerca o mas lejos de donde están, Itero del Castillo o incluso Boadilla no estarían nada mal. Es tarde pero hay algo de luz y aunque no saldrá la luna llena, la Vía Láctea hará fácil avanzar por un camino previsible, llano y casi recto. Van comentando las incidencias del Camino y algunas experiencias. Por supuesto recuerdan los momentos pasados en los albergues y el fraternal trato de los hospitaleros, cómo olvidar tanto cariño y entrega a lo largo del Camino.

Luego hablaron sobre la lluvia de estrellas que, sobre las dos de la mañana, se verá en todo su esplendor. Los comentarios se fueron haciendo mas profundos ya que el cansancio, la frescura de la noche y la sana confianza entre amigos, hace que los pensamientos se vuelvan hacia tu vida interior, tus anhelos y esperanzas, tu presente y tu futuro y crees que en noches así aún puede pasar algo en tu vida o al menos la combinación es perfecta para que ALGO pase.

Y algo que será definitivo para las decisiones posteriores va a pasar.

Antes de llegar al hermoso puente medieval sobre el río Pisuerga, a la izquierda del camino, se levanta humilde y firme una pequeña ermita románica en el solar que, allá por el siglo XII, ocupó un hospital de peregrinos y un monasterio primero del Cister y luego de los Hermanos Hospitalarios. Esta ermita, según todas las noticias, permanece cerrada y sin culto a San Nicolás, su titular, nuestros amigos van acercándose ya que el camino pasa por su puerta. Es entonces cuando ésta se abre y de la luz interior emerge una persona de la que solo se aprecia su oscuro contraste y su sonora voz que les dice:

“PEREGRINOS SED BIENVENIDOS, OS ESPERÁBAMOS”

Esa frase que a los cansados y necesitados peregrinos nos suena a música celestial, ese prelude del trato fraterno y comprensivo, ese comienzo que solo usan los verdaderos hospitaleros provenía de una persona anónima y en un lugar totalmente inesperado.

Pero es cierto que les esperaban o al menos así lo confirmaba el hecho de que en el interior de la ermita había cuatro personas que habían preparado cena y mesa para ocho y en esto no veáis nada mágico o misterioso, es algo lógico y oportuno, hay sitio para ocho se prepara cena para ocho, llegaron cuatro, mas cuatro que estaban, ocho ¿qué hay de extraño? , nada, todo racional, medido, nada sorprendente, todo encajaba, como el Yin y el Yan, como la luz y la sombra, y al poco rato estaban cenando con cuatro personas desconocidas, que les estaban esperando en un lugar inesperado y oportuno, en una noche de luz, de explosión de luz, en una noche de misterioso y cálido verano.

La sobremesa derivó por lugares tópicos o menos, el tiempo, el camino, lo que nos queda, información de lugares y personas, los albergues, los hospitaleros, los ángeles, las energías cósmicas, y esas cosas que comentan los peregrinos y que cualquier otro ser racional consideraría absurdas si estuviéramos en otro lugar o circunstancia. Por supuesto que antes de ir a dormir acordaron la estrategia para que sobre las dos de la mañana, la mejor hora, uno de los cuatro se despertara y avisara al resto si en la Vía Láctea se veía la explosión de estrellas fugaces o fuego del Camino. Termina la sobremesa.

En la estancia rectangular, además de la mesa, los bancos, el hornillo y las cuatro literas, no había mas decoración que una pequeña, personal y rústica cruz de madera, en minúsculas, pues tenía aspecto de que alguien la había olvidado por casualidad en esa pared desnuda, bajo ella, una pequeña, mas aún, humilde vela que nadie sabe quién encendió y nadie necesita apagar.

Alguien eleva una oración que termina “ultreia e sus eia, Deus adjuvanos...” Quedan de acuerdo en quien hará de despertador y van a acostarse.

Sin poder precisar la hora, Victoria nota que alguien le toca en el hombro con intención de despertarla. No puede concentrarse enseguida en la llamada y recibe un nuevo aviso que consigue que se despierte casi del todo y con un aire malhumorado murmura “va, va , no se acabarán las estrellas”, se sienta al borde de la litera mira a su alrededor pero no ve a nadie, ¡no hay nadie!, es verdad que están las otras siete personas en sus literas, durmiendo, pero a su lado no hay nadie, ¡NADIE LE LLAMA!... ¿NADIE? Cuando se da cuenta de que puede ver la estancia gracias a la luz de la vela, sus ojos se dirigen hacia el crucifijo iluminado, siente un profundo desasosiego y de su interior no tarda en surgir la pregunta ¿TU ME LLAMAS? ¿QUE QUIERES QUE HAGA?.

Pensareis que el relato ha llegado a su nudo, que os he conducido hasta aquí para desvelaros un secreto, para hablaros de una revelación, desengañaros, nadie escuchó una respuesta, nadie contestó aunque si que es cierto que en ese precioso momento la lucecita se apagó, como si el ofrecimiento implícito en la pregunta estuviese aceptado. Victoria intentó sosegar un poco y pronto se volvió a dormir como agotada, pero ya nada sería igual ella se había ofrecido y había sido aceptada. En el mismo instante en que surgió la pregunta, su vida ya había cambiado, aunque aún no sabía como.

Para conseguir luz en su vida no fueron necesarias estrellas fugaces, ni prodigios luminosos, ni respuestas reveladoras, fue suficiente con la llama de una frágil y minúscula velita.

Pero aún así todo es racional, todo encaja, el cansancio, la noche misteriosa, la cruz iluminada, la predisposición a lo mágico junto a una corriente de aire oportuna y una decoración adecuada arrancaron de una persona predispuesta una pregunta, amplia, con mil respuestas posibles y una aparente respuesta en el aire, “espera”. La cuestión planteada no era apremiante, no se refería a ese momento mágico sino a su vida posterior y por tanto la respuesta tampoco era imperativa, “espera, relájate, piensa un poco” estas en el Camino, te han acogido y ofrecido lo que tenían personas que no conoces, ¿que se puede esperar de ti?.

Los que os hayáis visto intrigados con mi relato os habrá decepcionado que no haya explotado los recursos mágicos y misteriosos que he desplegado en él. Algunos de mis amigos opinan lo mismo y me han ofrecido finales más atractivos como "Los ocupantes del albergue eran los ángeles de la guarda de los peregrinos que llegaban y" o también "Bajo la luz de las estrellas fugaces que penetraba por el rosetón de la ermita se oyó una voz isoy Yo, escucha! y" hubiera servido también "la luz de la vela aspiró la luz interior de Victoria y se formó una mística corriente cielo/tierra que ilumina los corazones de quiénes pasan por esa ermita y se detienen a rezar". El relato habría durado más, pero quién conozca a Victoria o haya hecho el Camino, sabrá que toda esa parafernalia sobra.

La respuesta fue apareciendo, desvelándose con el tiempo pero aún así no deja de sorprenderme y sorprender a las personas "normales". Poco a poco la necesidad de atender a los peregrinos fue sustituyendo a la de volver al Camino, la de permanecer firme en un sitio a la de seguir caminado, y preguntó en Castrojeriz en Grañón y en otros lugares como hacerse hospitalera voluntaria y probó en distintos albergues y comprobó que eso era lo que buscaba, que era lo que se esperaba de ella, sin más.

Mes de abril, a pocos kilómetros de Burgos tenemos un pequeño albergue que está atendido por una mujer de luz que llegó allí buscando un lugar humilde en donde vivir para el peregrino. Victoria se hizo peregrina sin pasos, peregrina de quietud, ángel del camino. No necesitó volver a sus cosas anteriores para ser peregrina, no siempre hay que volver, a veces la decisión acertada es quedarse, asumir una nueva vida inducidos por una pequeña luz que responde a las preguntas:

- ¿Tú me llamas? ¿Qué puedo hacer?
- Cuidar de Mí.

Y cuando Victoria indagó como podía cumplir ese encargo, recordó y... esto es lo verdaderamente mágico, dejó su casa, su trabajo su familia y se paró en un albergue para atender a los peregrinos, porque El lo dijo:

"...cuando anduve errante me acogiste "bienvenido", tuve hambre y me diste de comer, tuve frío y me diste abrigo, estaba herido y me curaste... porque cuando lo hiciste con quien llegaba a tu albergue, lo hacías conmigo".

Gregorio de Zaragoza